# Mábel Galaz

# LETIZIA REAL

Prólogo de Soledad Gallego-Díaz

## PRÓLOGO

Todas las monarquías europeas (en la actualidad, siete) viven en medio de fuertes contradicciones; deben garantizar continuidad y estabilidad del Estado, pero al mismo tiempo ejercer cero poder político y, más aún, ser absolutamente neutrales en ese campo. Por un lado, dependen del apoyo popular, así que han de ser capaces de cuidar una imagen de cercanía y afecto, pero, por otro, como representación del Estado tienen que alimentar un cierto halo de respeto e inaccesibilidad. Necesitan evitar los escándalos —lo que se compadece mal con los nuevos modos de vida del siglo xxi y el imperio de las redes— y, desde luego, estar completamente alejadas de cualquier indicio de corrupción, porque las monarquías son instituciones constitucionales, pero los reyes son personas de carne y hueso que pueden ser perfectamente obligados a abdicar.

La monarquía española, que tiene indudables, y largas, raíces históricas, es sin embargo producto en su forma actual de

una negociación política efectuada en 1978 y reflejada en el punto 3 del primer artículo de la nueva constitución democrática: «La forma política del Estado Español es la monarquía parlamentaria». Así, aunque Juan Carlos I accedió al trono como consecuencia de las disposiciones del anterior régimen dictatorial, es decir la voluntad de Franco, la institución está vinculada directamente a la Constitución de 1978 y si ese texto desapareciera, la monarquía dejaría de tener soporte institucional y de nada valdría aquel deseo del dictador.

En ese mundo, en el que se supone que hay que andarse con mucho cuidado y mucho consejo, irrumpió en 2004 una mujer joven, periodista profesional, Letizia Ortiz, primero como princesa, esposa del heredero de la corona, Felipe de Borbón, y luego, en 2014, como reina. En este libro se trata de conocerla un poco mejor, de calibrar bien el formidable esfuerzo que debió hacer para acomodarse a un papel tan contradictorio y difícil y de seguirla a través de algunos de sus mejores y peores momentos. La reina Letizia es probablemente uno de los personajes públicos menos conocidos en España, como desconocidas son, sorprendentemente, muchas de sus actividades cotidianas en el desempeño de su papel. La discreción con la que se ha querido rodear en todo momento su figura puede haber sido una de las peores decisiones de una Casa del Rey poco audaz y agobiada por los auténticos problemas que iba planteando, con el paso de los años, Juan Carlos I.

La autora de este libro, Mábel Galaz, es una de las pocas personas que conozco, compañera durante muchos años en la redacción de *El País*, excelente periodista, que intentó muy pronto despertar el interés por la figura de Letizia, princesa y reina, y por el complicado mundo de la Casa del Rey. Contra viento y marea, Mábel peleó por espacios, discutió, explicó e intentó que el personaje de Letizia adquiriera la relevancia social que a sus ojos merecía, por ella misma y por el papel institucional que jugaba. Unas veces tuvo éxito y otras muchas, no. Los excesos de la prensa amarilla por un lado, y rosa, por otro, hicieron que durante mucho tiempo la llamada prensa «seria» o «institucional» crevera, equivocadamente, que había que mantenerse alejados de la vida privada de reyes, reinas y princesas. Por supuesto que no se trata de seguir los pasos de la terrible prensa amarilla inglesa, pero sí de aceptar que los ciudadanos tienen derecho a conocer mejor los perfiles de los personajes públicos que encarnan las instituciones del Estado. No se trata de entrometerse en la intimidad de las personas, miembros de una familia real o no, pero sí de evitar, en sentido contrario, que se impongan imágenes únicas o artificiales de personas que tienen obligaciones públicas. Este libro, sobre la reina Letizia, viene a cumplir esa obligación.

Soledad Gallego-Díaz

#### **INTROITO**

Onocí a Letizia Ortiz cuando trabajaba como presentadora en el canal privado formado por CNN y Canal+. Había oído hablar de ella a compañeros y amigos comunes. Tiempo después, la periodista se convirtió en noticia y para mí en protagonista de muchas de mis crónicas. Durante casi dos décadas he seguido muy de cerca su evolución hasta convertirse en reina de España, una transición que he vivido con interés. No es habitual ver cómo una colega a pie de calle y con ideas progresistas pasa a pisar palacios y lucir tiaras.

De Letizia se ha escrito mucho, pero se ha sabido siempre poco de manera directa. Condicionada por su posición, no se le permite pronunciarse. Solo a veces habla a través de personas interpuestas. Este silencio ha hecho que en ocasiones haya sido juzgada bajo suposiciones.

Se ha hablado mucho de sus estilismos y poco de su trabajo. Fascina en medio mundo; no tanto en España, aunque el tiempo y los hechos están jugando a su favor. Ella se sabe observada y es consciente de que todavía le queda mucho trabajo por hacer.

Al cumplirse cincuenta años de su nacimiento ha llegado el momento de hacer un primer balance de su historia, una historia que continuará...

#### EL GRAN SECRETO

Era lunes y, como todos los lunes, había cita en Casa Paulino, un popular restaurante de la madrileña calle Alonso Cano, en pleno barrio de Chamberí. Allí llevaban varios años reuniéndose a la hora de la cena un grupo de amigos, la mayoría periodistas de El País, aunque también había miembros de la redacción de El Mundo y otros participantes ajenos a la profesión. Compartían un tiempo de charla en la que abundaban las bromas y los chascarrillos. Se hablaba de política, actualidad y literatura; también de las cosas de la vida. La pandilla la integraban en su totalidad hombres, aunque, en ocasiones, recibían visitas de algunas compañeras de oficio. El 23 de octubre de 2003 algunas periodistas se sumaron a la convocatoria. Entre ellas estaba Letizia Ortiz Rocasolano, la presentadora con Alfredo Urdaci del Telediario de la noche en Televisión Española, un rostro popular en la calle y amiga de varios de los comensales desde hacía tiempo. Con alguno incluso compartió redacción mientras trabajó en Canal+.

Esa noche de otoño hacía mucho frío en Madrid y bastante viento. En el comedor del restaurante se estaba bien, además la conversación caldeaba el ambiente. En Casa Paulino se comía bien: platos tradicionales a un precio razonable y con el añadido de la cordialidad del propietario del negocio.

No era la primera vez que las periodistas acudían a una cena de lunes en Casa Paulino. Entre ambos grupos había una larga relación que en algunos casos fue más allá de lo estrictamente profesional. De esas noches de tertulia, que a veces acababan bailando salsa en un local de ritmos caribeños, nacieron algunos romances de los que no fue ajena la entonces presentadora del *Telediario*.

Al acabar la sobremesa de ese 23 de octubre llegaron las despedidas y la promesa de volverse a reunir pronto. Fue Letizia quien preguntó cuándo sería la próxima, sabedora de que para ella ese tipo de reuniones se iban a acabar o ingenua al pensar que la nueva vida que iba a iniciar le permitiría seguir acudiendo a esas citas de las que tanto disfrutaba.

Letizia se marchó sola a su casa de Valdebernardo. Allí, en el número 40 de la calle Ladera de los Almendros, ocupaba una vivienda de poco más de setenta metros cuadrados por la que pagaba una hipoteca. Se trataba de un piso de dos habitaciones, comedor, cocina y un baño situado dentro de una urbanización en la que convivían ciento treinta y cinco propietarios. Disponía de garaje por el que desde hacía ya meses recibía las visitas de un joven, su última pareja, al que los vecinos no veían el rostro porque iba camuflado, casi siempre con un casco de motorista.

Cuando el grupo se disolvió a las puertas del restaurante, Letizia se subió a su coche camino de Valdebernardo. Nadie sospechaba entonces lo que estaba a punto de suceder. Los periodistas habían tenido delante de sus narices una de las mayores exclusivas que podrían dar en su vida, pero se les escapó la noticia. Es más, en el momento en que alguno de ellos la supo, la negó, incrédulo.

La primera pista la dio Terelu Campos en su programa de la sobremesa de Telemadrid: el Príncipe de Asturias tenía novia, una presentadora cuyo nombre coincidía con el de una magdalena. Alguien rápidamente se aventuró: Letizia Ortiz. Efectivamente, ella reunía los dos requisitos de la adivinanza lanzada al aire.

La pandilla de Casa Paulino se resistía a creer que su amiga, con la que habían cenado solo tres días antes, fuera la novia del heredero al trono de España y estuviera a punto de dar un giro tan espectacular a su vida.

En las últimas semanas todo se había precipitado. Cada vez era más complicado mantener el secreto que la pareja compartía solo con unos pocos. Sabían que de la discreción dependía el éxito de su relación. Por eso, Felipe sonreía cuando la prensa del corazón le atribuía un día sí y otro también un romance con alguna aristócrata europea a la que en muchas ocasiones ni conocía. Y por eso, Letizia llevaba en su bolso dos móviles, uno para hablar solo con su secreto amor del que daba pocos detalles, llegando incluso a inventarse una personalidad que hizo pensar a sus compañeros de la redacción de informativos de Televisión Española que se trataba de un diplomático que viajaba mucho.

Tanto el Príncipe de Asturias como Letizia Ortiz sabían que si querían que su relación prosperara debían actuar así. Había precedentes de lo que podía ocurrir si lo suyo trascendía.

Desde su juventud, Felipe de Borbón supo que cualquier chica a la que frecuentara sería colocada en el centro del foco mediático y, por tanto, pasaría a ser escrutada por la opinión pública sin piedad. Pasó con Isabel Sartorius, Gigi Howard y Eva Sannum. Tres relaciones frustradas del heredero.

La ruptura con la modelo noruega le marcó de manera especial y le hizo darse cuenta de que, en el futuro, debía preservar sus sentimientos hasta dar el paso definitivo de presentar a una mujer como su novia.

La noche en que conoció a Letizia todavía estaba convaleciente de su forzado adiós a Eva Sannum, de la que solo habló el día que anunció que ya no era su pareja.

Faltaban pocos días para la Navidad de 2001 cuando los servicios de prensa del palacio de La Zarzuela nos convocaron a un reducido grupo de periodistas. Los asuntos a tratar en la reunión no estaban del todo claros. Se hablaría de la agenda de los reyes para 2002, de los viajes internacionales que pensaban emprender y se brindaría por las fiestas que estaban a punto de comenzar. Todo indicaba que, una vez más, habría mucho formalismo y poca información.

Anochecía en el monte de El Pardo y se encendieron las luces del salón de La Zarzuela habilitado para la cita. En una mesa, unas tazas para té o café y algunos dulces navideños. En palacio son frugales con los invitados.

Habían transcurrido solo quince minutos desde el inicio de la reunión, presidida por el entonces jefe de la Casa del Rey, Fernando Almansa, cuando se abrió una puerta y apareció el príncipe vestido de *sport* con una chaqueta verde de espiga, un jersey de cuello alto y unos vaqueros azules. Saludó a una audiencia sorprendida al ver al heredero, algo inusual en este tipo de situaciones, ya que quienes frecuentan La Zarzuela saben lo difícil, por no decir imposible, que es que un miembro de la familia real se siente a charlar con un grupo de periodistas. «Me han dicho que estabais por aquí tomando un café y he venido a ver si me invitáis a algo». Los presentes, todavía estupefactos, pronto adivinamos que aquella visita no llegaba por casualidad y que tampoco obedecía a una mera cortesía.

Felipe se hizo un hueco en uno de los sofás ocupados por los reporteros y pronto fue al grano: anunció que su relación con Eva Sannum se había acabado. «La decisión ha sido tomada libremente y de mutuo acuerdo», explicó. De esta manera, ponía punto y final a un noviazgo que nunca fue oficial, pero que duró en el tiempo cuatro años. «La decisión la hemos tomado Eva y yo. Por razones estrictamente personales y particulares, cada uno seguirá su camino en la vida».

La voz del príncipe sonaba emocionada y algo nerviosa. Los nervios también traicionaron a esta periodista, a quien le empezó a temblar la mano ante tal declaración y a quien Felipe socorrió rescatando su taza de té para depositarla sobre la mesa más cercana.

El príncipe habló despacio, con el gesto contenido y la mirada fija en algún punto de la enorme alfombra que revestía el suelo de mármol de aquel salón, convertido esa tarde navideña en un confesionario. Y por si no nos habíamos enterado,

insistió: «Quiero dejar claro que la decisión la hemos tomado con libertad y desde la intimidad. La relación no ha prosperado, y punto».

Los que estábamos sentados más cerca del heredero vimos la emoción en sus ojos y pronto sospechamos que algo más había sucedido, como el tiempo se encargó de desvelar. Pero, en ese instante, el protagonista de esa historia tan personal e íntima optó por asumir su responsabilidad como heredero al trono español dejando a un lado cualquier otra cuestión para hablar por primera vez en público de sus sentimientos.

Se había preparado bien el mensaje. «Siempre he contado con el apoyo de los reyes, que, como reyes y como padres, han confiado en mi criterio, en mi decisión», prosiguió. «En ningún momento se ha planteado una disyuntiva entre razón y corazón, entre deber y querer, sino que, simplemente, la relación no ha prosperado. Espero que Eva y yo sigamos siendo amigos. Sus cualidades son numerosas y quiero destacar algunas: su fortaleza, su dignidad, sensibilidad, capacidad de superación, sentido de la justicia y determinación por llegar a la excelencia en todo lo que se propone, algo que siempre me ha impresionado. Y no sigo porque no acabaría nunca de hablar». La sorpresa de los presentes crecía a cada instante.

Eva Sannum estaba enterada de que quien había sido su pareja durante cuatro años estaba en ese momento desvelando el fin de su relación. El príncipe se encargó de contarlo. «Hablo en nombre de los dos».Y lanzó un ruego: «Ahora espero que la dejen un poco tranquila».

Con el tiempo transcendió que no solo ellos tomaron esa decisión. Se supo que Eva Sannum no cumplía con los requisitos que en Zarzuela consideraban debía poseer la futura reina de España. Los repetidos vídeos de sus trabajos como modelo, algunos de ellos posando con prendas de lencería, y el permanente escrutinio a su vida privada jugaron en su contra. El colofón fue su presencia en la boda de los príncipes Haakon y Mette-Marit de Noruega, celebrada el verano anterior, donde fue fotografiada con un escote poco habitual en los salones de palacio y con una copa de balón en la mano. A ese enlace también acudió la reina Sofía, pero no se obtuvo ninguna imagen de ambas juntas, y si alguien la logró, no se difundió.

A la desconfianza por el perfil de Sannum se sumó la opinión de algunos políticos y asesores externos de palacio que trasladaron su descontento por la elección del príncipe. Voces en contra que tuvieron mucho tiempo para actuar y juzgar porque los *paparazzi* siguieron con tenacidad a la modelo y al heredero durante su romance, convirtiendo a la pareja en protagonistas habituales de la prensa del corazón.

Los amigos del príncipe, en especial los hermanos Fuster, fueron los grandes cómplices de esa relación. Ellos ayudaron y acompañaron a la pareja sirviéndoles de tapadera cuando fue necesario. Todos se llevaban muy bien con Eva Sannum, a la que recuerdan como una chica muy sencilla y simpática.

Pero cuatro años de exposición mediática acabaron con el gran amor de Felipe de Borbón, que, a sus treinta y tres años, decía adiós a la que había sido hasta entonces la mujer de su vida. De todo ello, el heredero sacó una enseñanza: ya sabía lo que tenía que hacer la próxima vez que se enamorara.

Esa tarde de vísperas de Navidad, el príncipe se despidió de los periodistas con una conversación más banal, en la que contó que aún no tenía planes para las vacaciones, entre otras cosas, porque estaba inmerso en la decoración de su casa. «Estoy eligiendo picaportes y esas cosas», explicó en un intento de relajar la tensión vivida minutos antes. Se le veía algo triste, pero también como si se hubiera quitado un peso de encima tras haber hecho lo que le tocaba hacer, no lo que deseaba. El deber se había impuesto al corazón.

La casa que decoraba Felipe en esos momentos y a la que se mudó pocas semanas después de aquella Navidad es a la que llegó Letizia Ortiz el 1 de noviembre de 2003, dos años después de que la modelo noruega desapareciera oficialmente de la vida del Príncipe de Asturias.

### AMOR Y ESTRATEGIA

Letizia Ortiz. Ella aún mantenía una relación de ida y vuelta con el periodista David Tejera. Fue Pedro Erquicia, director de *Documentos TV*, quien les presentó en su casa, un coqueto ático de la madrileña calle de Alcalá. Aquella cita no fue por casualidad, como el tiempo se encargó de demostrar. Erquicia supo que el príncipe quería conocer a la presentadora y dispuso todo lo necesario para procurar un encuentro con unos pocos invitados de total confianza y un estudiado protocolo.

Tampoco fue por azar que Felipe y Letizia se sentaran juntos. La coartada que usó el anfitrión es que eran los más jóvenes del grupo. Esa noche, los testigos del encuentro se dieron cuenta de la especial conexión que había surgido entre ambos. Eso sí, ninguno se imaginó que habían sido testigos de un momento histórico.

A la cena fueron invitadas dieciséis personas, entre ellas, los periodistas Luis Mariñas y su esposa, Beatriz Aranda; el director de cine Emilio Martínez Lázaro y su esposa, Soledad Alameda; el hermano del anfitrión y el realizador y subdirector de *Informe semanal*, Manuel Rubio, que llegó acompañado de Letizia Ortiz. El príncipe fue el último en incorporarse; lo hizo vestido de manera informal y escoltado por su secretario, Jaime Alfonsín, y su esposa, Cristina.

Los asistentes oyeron hablar a la pareja de muchos temas de actualidad, de esas noticias que ella contaba en televisión y que él, en ocasiones, protagonizaba. También compartieron confidencias de sus nuevas casas. Él acababa de mudarse a un palacete de mil ochocientos metros cuadrados dentro del complejo del palacio de La Zarzuela, y ella, a un piso en Valdebernardo de setenta metros cuadrados, casi el mismo tamaño que tenía el dormitorio del príncipe. Letizia seguramente pensó en lo diferentes que eran sus mundos.

Felipe se marchó esa noche de casa de Erquicia convencido de que quería volver a ver a la periodista, aunque sabía las dificultades que entrañaba su decisión. De la discreción con que se movieran a partir de ese instante dependería su futuro a corto plazo. Lo sabía bien. Para un príncipe no es fácil relacionarse, y menos aún con una persona que sale cada noche en televisión. Por eso, los servicios de seguridad de la Casa del Rey asignados a la protección del heredero diseñaron un plan con el que preservar sus encuentros, una tarea que no fue nada fácil.

La operación se puso en marcha antes del verano de 2003, cuando Felipe tuvo claro que su relación con Letizia Ortiz iba en serio y así se lo trasladó a sus padres. Quería actuar con la mayor cautela posible tras sus aireados y frustrados romances con Isabel Sartorius, hija del marqués de Mariño, y la modelo noruega Eva Sannum. Lo de Gigi Howard fue otra cosa, un romance corto en el tiempo.

Pero ¿cómo proteger la relación del príncipe con uno de los rostros más populares de Televisión Española? La primera decisión adoptada fue mantener la normalidad en la medida de lo posible. Para ello se estableció un plan sobre quién debía conocer la existencia de Letizia en la vida de Felipe y cómo y dónde debían producirse sus encuentros.

El círculo de personas que estuvieron enteradas de la relación de la pareja fue muy reducido. Los amigos de Felipe conocían a Letizia, pero solo los más íntimos estaban al tanto de lo que había entre ellos. Y solo un par de amigas de Letizia protegían el secreto; el resto sabía que tenía un chico en su vida, que debía de ser alguien importante porque viajaba mucho. Nadie sospechaba que se trataba del Príncipe de Asturias. «Cuando os enteréis de quién es, os quedaréis de piedra», confesó a algunos amigos y compañeros en algún momento en que bajó la guardia. Letizia continuó frecuentando a su pandilla habitual y aparentemente haciendo su vida de siempre.

Dentro de esa normalidad recomendada por los servicios de seguridad de la Casa del Rey, Felipe también salía a cenar fuera del palacio de La Zarzuela y acudía a las discotecas de moda con sus amigos. Incluso se le vio con varias jóvenes y se llegó a especular con que alguna de ellas podía ser su nueva novia. Pero, en esos momentos, Letizia ya ocupaba su corazón, aunque nadie sospechara que se trataba de esa presentadora que se asomaba a la pantalla del informativo de las nueve en la primera cadena de TVE.

El plan se cumplía a la perfección hasta que llegó el otoño de 2003: la relación más importante del príncipe había pasado inadvertida.

- -¿Cómo se conocieron?
- —Bueno, la primera vez, hace más de un año. Fue un encuentro casual y no tuvo ninguna consecuencia. Fue en la primavera cuando entablamos más contacto y aquello fructificó.

Esa fue la primera pregunta que una veintena de periodistas hicimos a la pareja en su primera comparecencia ante los informadores como novios.

El 1 de noviembre por la mañana se tomó la decisión de hacer público el compromiso ante la certeza de que, de un momento a otro, algún medio iba a adelantar la noticia.

Su primera aparición como pareja se improvisó junto al porche de la casa del príncipe. A la hora fijada por el protocolo ya había anochecido y hacía mucho frío en el monte de El Pardo. Letizia temblaba por la baja temperatura y su liviana chaqueta blanca; también quizá por los nervios. Estaba de nuevo ante las cámaras, pero, en esta ocasión, la noticia la protagonizaba ella.

La pareja llegó de la mano, sonriente y emocionada. Se notaba que habían ensayado lo que querían decir porque conocían la importancia del momento y la trascendencia del paso que daban.

Había transcurrido tan solo un año desde el día en que se conocieron hasta su aparición esa tarde como novios oficiales.

La noche en que Letizia fue a cenar a casa de Erquicia todavía salía con David Tejera, un periodista de CNN+ especializado en deportes, un joven prometedor y muy trabajador, que se abría camino en la profesión donde contaba con el aprecio de sus compañeros por su sencillez y ganas de echar siempre una mano a quien lo necesitara. Su relación con Letizia transcurría de manera intermitente, pero se alargó cuatro años en el tiempo. Cuando todo se descubrió y el mundo supo que su exnovia se iba a convertir algún día en reina de España, Tejera mantuvo un exquisito comportamiento negándose a hablar de ella y de lo sucedido. Fue un tiempo dificil para él en el que tuvo que soportar el acoso de la prensa, algo que llevó con elegancia. Peor lo llevó Alfonso Guerrero, el escritor y profesor de lengua y literatura, con quien la periodista estuvo casada un año y tres meses. Un largo noviazgo y un fugaz matrimonio que sirvieron a Guerrero como argumento de su libro El amor de Penny Robinson.

Felipe, en cambio, no salía con nadie en el momento en que conoció a Letizia. Todavía añoraba a Eva Sannum, aunque trataba de hacer nuevas amistades. Ninguno de esos intentos progresó. Eso sí, seguía parándose ante el televisor al descubrir a Letizia, aquella chica a la que conoció en casa de Erquicia, un gesto que sorprendía a la reina Sofía, que se preguntaba a qué se debía tanto interés de su hijo por el informativo.

A través de la pantalla, supo que estaba en Irak. «Una de las tareas más interesantes del periodismo es acudir a los lugares donde ocurren las noticias, salir a la calle y contar cosas, con lo cual me pareció muy interesante ir a Um Qasr y contar la labor que estaba haciendo el Ejército español en ese país —comentó la periodista en esa época sobre su trabajo como enviada especial—. Yo llegué tras la caída de Bagdad y no vi-

ví directamente la guerra, pero fue importante convivir durante quince días con los militares para apreciar cómo realizaban su trabajo. Y fue genial poder estar en suelo iraquí para ver cómo vivía la gente».

El príncipe seguía con atención sus crónicas, y en cuanto supo que había regresado a Madrid, consiguió su teléfono y la llamó. Ahí empezó todo. Era la primavera de 2003. Felipe descubrió en ella a una mujer interesada por la política internacional y sobre todo a una periodista entregada de lleno a su profesión, esa que él ha reconocido hubiera elegido de no haber sido llamado desde la cuna para otra tarea.

Letizia también estuvo en las playas gallegas en 2002, los días en que el gasóleo del *Prestige* asoló las costas. «Soy periodista y me gusta la información. Me centro siempre en lo que hago y no pienso en el futuro, no elucubro. Me gusta la información diaria, el periodismo trepidante; ese estrés y esa adrenalina que se genera con la velocidad con la que se trabaja es como una droga», contaba sobre su profesión. Siempre decía que la noticia que le gustaría contar algún día era la pacificación de Oriente Próximo. «Estuve en la zona y pude apreciar la situación». Todas esas imágenes de Letizia como reportera con el micrófono en la mano en zonas de conflicto o entre el chapapote se convirtieron en virales al descubrirse su relación con el príncipe.

Otro de los lugares que marcaron a la periodista fue Nueva York, la ciudad a la que acudieron juntos poco antes de anunciar su compromiso, días complicados y tensos en el palacio de La Zarzuela mientras se decidía cómo manejar este asunto y se esperaba el visto bueno del Gobierno.

En Nueva York, Letizia había estado anteriormente por cuestiones profesionales. Una de esas veces, con el atentado del 11 de septiembre: «Fue importante ver cómo se sacudió el país. También estuve en Estados Unidos con motivo de las elecciones en las que se enfrentaron Bush y Gore. Me consideré una privilegiada por esos momentos que viví. Fue todo rápido e intenso y no me dio tiempo a reciclar lo que estuve viviendo. Personalmente también me impresionó ver el *shock* de la gente», contó.

Desde la cita en casa de Pedro Erquicia no hubo noticias de nuevos encuentros en público de la pareja hasta que Letizia acudió en octubre de 2003 a la entrega de los Premios Príncipe de Asturias para trabajar. Allí, la pareja se saludó con aparente normalidad sin que ningún gesto especial alertara de que entre ellos había ya una sólida relación. Solo repasando las imágenes de entonces se descubre una sonrisa entre tímida y nerviosa cuando se estrechan la mano.

A principios del verano de ese año, el príncipe comentó a los reyes que había una chica especial en su vida. Felipe estuvo parte de las vacaciones en el palacio de Marivent, en Mallorca, con el resto de la familia real. Una época en que los duques de Lugo y de Palma se unían a los reyes y al heredero para pasar unos días de descanso y dejarse ver como un grupo feliz y armónico. Nadie podía sospechar que solo unos pocos años después un tsunami arrasaría para siempre esa imagen de unión que intentaban proyectar de cara al exterior.

Tras la foto de familia feliz captada como todos los veranos en la escalinata del palacio de Marivent y al concluir la Copa de Vela, el heredero inició un viaje privado al extranjero del que el palacio de La Zarzuela no facilitó información por tratarse de una actividad privada. En esas fechas, Letizia anunciaba a sus compañeros de redacción que se marchaba «sola» de vacaciones a Sudamérica. Por las pistas que dio, parece que el destino elegido fue Costa Rica.

«Como toda relación normal, es natural que la pareja pasara junta algunos días este verano», reconoció una persona muy cercana al príncipe poco después de anunciarse el compromiso de la pareja. Esa era la primera vez que un portavoz de la Casa del Rey situaba en el tiempo juntos al príncipe y a su novia. Al regreso de esas vacaciones, Felipe decidió presentar a Letizia a su familia. Sus hermanas, y en especial Cristina, a la que estaba muy unido, fueron sus cómplices en esos primeros encuentros.

Los reyes inicialmente recibieron con recelo a Letizia Ortiz; de nuevo, la elección de su hijo no se ajustaba a lo que ellos esperaban. Una periodista divorciada no era el perfil de mujer que habían pensado como esposa de su hijo, como futura Princesa de Asturias. Felipe se mostró inflexible desde el inicio. No estaba dispuesto a tener que renunciar a Letizia como había hecho dos años antes con Eva Sannum.

Con el paso del tiempo, se supo que el heredero lanzó un órdago en una reunión en Zarzuela: o era ella o era ella. Para corroborar su determinación, decidió visibilizar lo que podía pasar si Letizia no era aceptada. Se marchó con ella a Nueva York en el puente del 12 de octubre, un viaje que coincidió en el tiempo con el desfile del Día de la Hispanidad, del que se ausentó. En palacio todos recibieron el mensaje con una

mezcla de preocupación y aceptación. Felipe estaba dispuesto a todo por Letizia.

Paralelamente al debate interno que se vivía en Zarzuela, el plan para blindar la intimidad de la pareja funcionaba a la perfección. Salían juntos a cenar muchas veces por Madrid y lo hacían, la mayoría de las ocasiones, a casas de amigos, aunque también acudían a restaurantes discretos, previamente supervisados por los servicios de seguridad de la Casa del Rey. Los fines de semana que la agenda de Felipe se lo permitía los pasaban juntos. Para preservar sus encuentros se marchaban lejos de Madrid. Las fincas infranqueables de amigos del príncipe y Barcelona, donde vivía la infanta Cristina y muchos de sus compañeros de vela, fueron los escondites de la pareja. También enclaves más populares, como un pequeño hotel rural en la provincia de Guadalajara.

El secretismo con el que transcurría la relación permitió a Felipe frecuentar, sin levantar sospechas, la casa que Letizia se compró dos años antes en Valdebernardo, un barrio de clase media que escogió por su proximidad con Torrespaña, sede de los informativos de TVE. Hasta allí llegaba protegido por el anonimato que le daba un casco de motociclista.

Letizia solo realizó pequeños cambios en su rutina diaria cuando el anuncio de su compromiso se acercaba. Por ejemplo, dejó aparcado su Seat Ibiza por recomendación de la seguridad de Casa del Rey, que puso a su disposición otro coche y una muy discreta escolta.

La noche del viernes 27 de octubre al terminar de presentar su último *Telediario* se marchó a su casa escoltada, aunque antes tuvo que cruzar la puerta de TVE donde la esperaban una docena de fotógrafos y periodistas alertados de lo que sucedía.

En esos momentos, el príncipe cenaba con los duques de Palma en un restaurante japonés de la calle Urgell, en Barcelona, tras asistir a un seminario de la Organización Mundial de Comercio. Quizá estaba celebrando por anticipado que su historia de amor iba a tener un final feliz.

El secreto mejor guardado del último año estaba a punto de desvelarse. En el palacio de La Zarzuela ya se estaban dando los primeros pasos para oficializar la relación. El presidente del Gobierno, José María Aznar; la presidenta del Congreso, Luisa Fernanda Rudi, y el secretario general del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, fueron informados por el rey Juan Carlos de las intenciones de su hijo.

Al llegar a su piso, Letizia preparó una pequeña maleta con lo imprescindible. Esa noche durmió poco y, a primera hora del sábado, se reunió con el príncipe en algún lugar del extranjero.

Ese fin de semana, en La Zarzuela, la familia real festejaba el sesenta y cinco cumpleaños de la reina Sofía. «Como siempre, la reina está en palacio con la familia. Vendrá quien pueda», respondió un portavoz sobre la posible presencia en la residencia de Felipe y Letizia. A las redacciones de los medios informativos había llegado ya un comunicado anunciando el noviazgo del heredero. La pareja estaba en Praga celebrando que, por fin, no tendrían que esconderse nunca más.